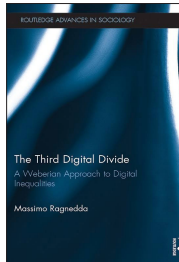


Reseña del libro: “The Third Digital Divide: A Weberian Approach to Digital Inequalities”, Massimo Ragnedda, Nueva York. Routledge, 2017, ISBN: 9781472471260 (hbk); ISBN: 978131560600 (ebk), 128 págs.



El libro de Massimo Ragnedda, cuyo título podría traducirse como *La tercera brecha digital: una aproximación weberiana a las desigualdades digitales*, supone un soplo de aire fresco dentro de la investigación social sobre desigualdad digital y estratificación social, ya que se trata de una de las primeras perspectivas que intenta teorizar sobre la relación existente entre las asimetrías en el uso de las tecnologías digitales y procesos mucho más generales de reproducción de la desigualdad social. Tal y como ha señalado recientemente Jan van Dijk, uno de los mayores expertos mundiales sobre desigualdad digital, la aproximación de Ragnedda es

sumamente relevante para el estudio de los procesos de estratificación social, ya que se analiza la desigualdad digital como un problema eminentemente social (Van Dijk, 2018), entrelazado con los ejes de exclusión y estratificación tradicionales, como la clase social, el género, el origen étnico o el nivel educativo, antes que un problema tecnológico. Del mismo modo, tal y como han señalado el propio Ragnedda y Muschert en otro texto de reciente publicación, titulado *Theorizing Digital Divides* (2018), la principal limitación de las investigaciones sobre brecha digital que se han desarrollado desde finales de los años 90 hasta la actualidad es la enorme carencia de reflexión teórica en profundidad sobre el concepto mismo de brecha digital y su articulación con otras perspectivas sociológicas que nos ayudarían a entender los procesos de estratificación social.

En *La tercera brecha digital*, en primer lugar, el profesor Ragnedda propone un modelo teórico particular para el estudio de la desigualdad digital que se fundamenta, por un lado, en toda la investigación aplicada sobre brecha digital que se ha desarrollado en los últimos 20 años, a la que debemos la construcción de diferentes modelos teóricos que intentan englobar los diferentes aspectos o dimensiones de la brecha digital, desde las primeras perspectivas, basadas en el estudio del acceso a Internet en términos dicotómicos –el famoso modelo de los *haves* frente a los *have nots*– hasta las perspectivas más recientes. Estas últimas, basadas en lo que se ha denominado segundo nivel de la brecha digital o segunda brecha digital, donde se incluyen dimensiones como la calidad del acceso, el tipo de uso de Internet, las destrezas y habilidades digitales de los sujetos, sus experiencias y emociones concretas en el uso de los dispositivos tecnológicos o la propia motivación y actitudes hacia las tecnologías que impulsan los procesos específicos de domesticación tecnológica –por usar el célebre término de Silverstone, Hirsch y Morley (1992)– por parte de los usuarios de Internet. El problema de las primeras perspectivas sobre la desigualdad digital desarrolladas durante los años 90 –lo que posteriormente se ha denominado primera brecha digital– es que se centraban exclusivamente en garantizar el acceso a la tecnología como forma de reducir la desigualdad social, a través de una visión excesivamente determinista del cambio tecno-social, que Ragnedda denomina la

“aproximación telefónica”, y que “se focaliza en el coste y la difusión de las tecnologías, reduciendo el fenómeno de la brecha digital a un problema tecnológico y económico” (2017, p. 16). Esta perspectiva sirve para describir el grado de penetración social de un determinado tipo de tecnología, como por ejemplo el acceso a redes de banda ancha en hogares, la generalización de los dispositivos telefónicos móviles o la presencia de ordenadores personales en los hogares, pero es inútil a la hora de poner en relación las diferentes formas de accesibilidad digital con los procesos de estratificación económica, social, cultural y política en los que se fundamentan.

Con el desarrollo de los estudios de segunda brecha digital, que comenzaron a generalizarse desde comienzos de los años 2000, se produjo un avance en este sentido, ya que los investigadores empezaron a percatarse de que la desigualdad digital no podía analizarse exclusivamente en términos de acceso o conectividad a Internet. Conforme se afianzaba en las sociedades desarrolladas el proceso de digitalización y la conectividad a Internet en el hogar era cada vez más frecuente, la desigualdad no solo no se redujo, sino que comenzó a diversificarse a través de nuevos ejes de desigualdad. A esta perspectiva, según Ragnedda, debemos la idea básica de que la brecha digital es un fenómeno multidimensional, que emerge de la interconexión de factores sociales, económicos y tecnológicos que evolucionan históricamente, por lo que la propia definición de lo que en un momento dado constituye un vector de desigualdad digital también se modifica a lo largo del tiempo. Desde una perspectiva alejada de la ingenuidad ciberutópica que entroniza la promesa del cambio social a partir de la transformación tecnológica, Ragnedda es más bien escéptico: “es inevitable que el incesante cambio tecnológico reintroduzca continuamente nuevas desigualdades causadas por la emergencia de nuevas tecnologías” (2017, p. 16). Para el autor, el problema principal de los estudios de segunda brecha digital es que establecen una barrera ficticia entre el mundo social online y el mundo social offline, de forma que la mayor parte de los estudios no consiguen captar los entrelazamientos y vínculos existentes entre las formas tradicionales de estratificación social y los nuevos procesos de desigualdad digital. En otras palabras, mientras que la mayor parte de la investigación sobre brecha digital se centra en analizar asimetrías digitales vinculadas a la calidad del acceso a Internet, el tipo de dispositivos utilizados, la diversidad de usos online, el desarrollo de habilidades digitales en el uso cotidiano de la tecnología o la influencia de los aspectos motivacionales en el uso de Internet, no dan cuenta de los procesos por los cuales las tecnologías digitales se integran, median, facilitan e inhiben las prácticas sociales cotidianas de los sujetos. Para Ragnedda, no existe una separación entre el mundo online y el mundo offline, de forma que las oportunidades vitales de las personas, en la sociedad contemporánea, están fuertemente condicionadas por el uso instrumental que realizan de las tecnologías digitales para mejorar su posición social dentro de las posibilidades existentes en un contexto sociohistórico concreto.

Es en este contexto donde Ragnedda propone el concepto de tercera brecha digital. Si la primera brecha tenía que ver con el acceso a la tecnología y la segunda con la desigualdad digital, materializada en usos, habilidades digitales o motivaciones diferenciales, la tercera brecha se relaciona con los diferentes beneficios y resultados (*outcomes*) tangibles que los sujetos obtienen, en base a sus propios recursos sociales, culturales y económicos previos, del uso de las tecnologías digitales y, sobre todo, con la habilidad de explotar estos beneficios, en base a un contexto digitalmente mediado, para mejorar sus oportunidades de vida (Ragnedda, 2017). En otras palabras, podríamos definir este tercer nivel de la brecha digital como el

aprovechamiento que los sujetos realizan del uso de la tecnología, entendiendo que no existe una distinción clara entre ámbitos online y offline de actividad, ya que, en cierta medida, toda actividad online se produce dentro de un contexto offline determinado y, por otro lado, muchas prácticas sociales y actividades de nuestra cotidianidad están mediadas por el uso de dispositivos tecnológicos conectados a la red. En este sentido, el autor concibe la relación entre desigualdad digital y estratificación social como un círculo vicioso que produce una multiplicación de la desigualdad: en un primer momento, las posibilidades de acceso a la tecnología están condicionadas por el contexto socioestructural previo (primera brecha), de forma que los sujetos incorporan la tecnología a su vida cotidiana en base a sus experiencias biográficas previas de domesticación tecnológica y a sus posibilidades socio-estructurales, para desarrollar una serie de usos digitales particulares de las mismas (segunda brecha). Estos usos digitales, sin embargo, no se desarrollan en un vacío ciberespacial, sino que suelen configurarse como mediaciones de las actividades sociales cotidianas y físicamente determinadas de los sujetos, de forma que se reintroducen de nuevo y ayudan a reconfigurar el contexto socioestructural previo del que partían (tercera brecha). El autor, por lo tanto, se preocupa más del ciclo vicioso entre estructura social y desigualdad digital que en analizar de manera concreta las habilidades digitales o las formas de acceso a Internet de los sujetos, ya que entiende que existe “una naturaleza bidireccional ... entre la desigualdad digital y la desigualdad social, las cuales mutua y recíprocamente se influyen la una a la otra” (Ragnedda, 2017, p. 5).

Para dotar de contenido sociológico a su análisis, Ragnedda utiliza un modelo de estratificación social de orientación weberiana basado en la clase social, el grupo de status y el poder, si bien entiende que cualquier otro tipo de modelo social alternativo –como por ejemplo un modelo de orientación marxista u otro basado en la teoría de los capitales de Bourdieu– también podría ser adecuado para analizar el aspecto diferenciador que introducen las nuevas tecnologías digitales interconectadas en red en el análisis de la desigualdad social. El autor, asimismo, desarrolla el concepto de capital digital, de clara orientación bourdiana, que puede ser entendido como una suerte de capital mediador que permite, en un campo social enormemente digitalizado en el que vivimos, la reconversión de otros tipos de capital –especialmente social, económico, personal, político y cultural– y su movilización por parte de los sujetos para mejorar sus oportunidades vitales. Aunque en mi propia conceptualización del capital digital o tecnológico, en base a la aportación de otros autores que han trabajado este concepto (Selwyn, 2004; Straubhaar, 2012), prefiero entender dicho capital como una forma específica de capital cultural, con sus propias subdimensiones objetivadas, institucionalizadas e interiorizadas (Bourdieu, 2001), la perspectiva de Ragnedda tiene la ventaja de que se centra específicamente en el proceso de reconversión de los distintos capitales dentro de un contexto social enormemente digitalizado. Para este autor, el capital digital incluye un conjunto de destrezas, experiencias y habilidades digitales que se derivan de los capitales previos, pero que también puede reconvertirse en nuevos tipos de capital al ser aplicadas éstas dentro de los distintos campos sociales mediados por las tecnologías digitales.

En resumen, el interés principal del libro de Ragnedda está en la construcción de un modelo teórico integral sobre la desigualdad digital y la estratificación social que, si bien no se desarrolla empíricamente en esta obra, sí que permite superar la limitación fundamental de las aproximaciones previas sobre la brecha digital, al entrelazar las asimetrías descritas en las investigaciones aplicadas sobre las formas de acceso y uso de Internet con los procesos más generales de estratificación social.

Además, el autor nos propone una serie de herramientas conceptuales sugerentes (tercera brecha digital, capital digital, círculo vicioso de la desigualdad, modelo de la estratificación digital, etc.) que son fácilmente aplicables a la investigación empírica concreta, permitiendo escapar de las perspectivas reduccionistas sobre la transformación tecnológica y el cambio social, facilitando además superar la falacia del dualismo online y offline de la vida social de los sujetos. La adecuación del modelo de Ragnedda con diferentes perspectivas sociológicas críticas sobre el papel de la tecnología en la sociedad, además, permite un análisis mucho más en profundidad sobre la realidad actual, en la que las tecnologías digitales de la comunicación y la información juegan un papel preponderante en la reconfiguración de los procesos de transformación social, económica y cultural que enmarcan las trayectorias biográficas de los sujetos.

Referencias

- Bourdieu, P. (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer.
- Ragnedda, M. (2017). *The Third Digital Divide: A Weberian Approach to Digital Inequalities*. New York: Routledge.
- Ragnedda, M. y Muschert, G. W. (2018). Introduction. In M. Ragnedda y G. W. Muschert (Eds.), *Theorizing Digital Divides* (pp. 1-7). London: Routledge.
- Selwyn, N. (2004). Reconsidering Political and Popular Understandings of the Digital Divide. *New Media & Society*, 6(3), 341-362. <http://doi.org/10.1177/1461444804042519>
- Silverstone, R., Hirsch, E. y Morley, D. (1992). Information and communication technologies and the moral economy of the household. In E. Hirsch y R. Silverstone (Eds.), *Consuming Technologies: Media and Information in Domestic Spaces* (pp. 15-29). London: Routledge.
- Straubhaar, J. (2012). Conclusion. En J. Straubhaar, J. Spence, Z. Tufekci, y R. G. Lentz (Eds.), *Inequality in the Technopolis: Race, Class, Gender, and the Digital Divide in Austin* (pp. 265-277). Austin: University of Texas.
- Van Dijk, J. (2018). Afterword. The state of the digital divide theory. In M. Ragnedda y G. W. Muschert (Eds.), *Theorizing Digital Divides*. London: Routledge.

Daniel Calderón Gómez
Universidad Complutense de Madrid (España)
E-mail: danielcalderon@ucm.es